PAGINA LITERARIA

POR LOS HIJOS

¿Quereis mi historia conocer? es breve.
Me llamo Juan García, como obrero,
Nadie conmigo a compartir se atreve
En los mitings también soy el primero.

No conocí a mi padre, ni a mi madre
Como cuna, las máquinas venero
El martillo es mi padre, mi madre
la lámina de acero.

Hijo soy del taller, y desde niño
Me nutrí al vapor de la caldera
Y fué el trabajo, mi ambición primera
Es mi historia bulgar, yo soy cualquiera;
Uno que pasa sin dejar memoria,
Que no logró justificar siquiera
La razón de vivir, tal es mi historia.

Y sin embargo, trabajo afanoso,
Trabajo sin descanso, ni medida,
Fuí marido, fuí padre, y fuí dichoso
Algunas horas; pocas de mi vida.

Para hacer mi existencia más oscura
Jamás el sol de mi camino encuentro.
Dura su luz, lo que mi encierro dura.
El fuera de la fábrica y yo dentro.

Cuanto hice fué en la sombra
Si hice algo.....
Y siempre sale el sol cuando yo entro
Y siempre se va el sol, cuando yo salgo.

Al aire libre el sol envuelve y ora
Los campos libres, con su luz amiga.
Libre para sí laboran.

Libre trabaja para sí la hormiga
Y en la fábrica triste, el mismo sol,
De la justicia en nombre,
A alumbrar con sus rayos se resiste
La explotación del hombre por el hombre.

Y yo lo observo y me resigno y cayo,
Y el fuerte soy, que al débil se somete.
Más fuerte que el gigante, es el caballo,
Y se deja montar por el jinete.

Para los que pasamos por la tierra
Lejos del brillo y lejos de la gloria,
¡Que inútil nuestra guerra!
Somos los olvidados de la Historia.

Toda la mía, os contaré en seguida.
¿Cómo ocurrió? veréis, pronto os lo digo,
Penetrad en la fábrica conmigo,
Poleas de estirados correajes,
Ruedas de complicados engranajes,
Planchas que giran, golpes de martillo,
Del humo bajo el techo, los encajes,
Roncas voces, y rostros amarillos
Con sus hornos lucientes como hogueras
de resplandor Eterno.

Con su trajín de fierros y calderas
El Taller es la imágen del infierno...
Parece que allí se oye como grita
El mundo de los réprobos, cautivos,

Mientras la llama sin cesar se agita
En contorciones de furor lascivos;
Y el que sale de aquella gran valumbra
De negra sombra, de espectros rojos
Como si escapara de una tumba
Vuelve a la vida, frotándose los ojos.

Después el humo, en raudo movimiento
Va a abrazarse a los altos campanarios,
Rompe sus alas en el mar del viento
Y va a perderse en los cielos solitarios.

Era una tarde, en mi trabajo estaba.
Al lado de la fábrica paraba
El carruaje elegante, y un obrero,
Es el coche del amo, murmuraba,
Mientras al portalón se dirigía.
A quien viene a buscar, dijo al cochero
Y este repuso, busco a JUAN GARCIA.

Asombro en los demás, ya lo sabía
Cuando corrió la voz por los talleres
Todos interrumpieron sus quehaceres.
Y se hicieron comentarios a porfía.

Fué tan grande el rumor que parecía
Una conversación de mil mujeres.
Pasé entre todos, y me abrieron paso
Al par que me miraban con recelo
Yo no les hice caso,
Me senté en el carruaje y grité al vuelo
Y aflojando las riendas, pensaría el auriga en
(el pescante
¿Que el dueño de una fábrica importante,
mande a buscar a este borrico!

Bien está, pero yo no me explico
Con los pobres los ricos son muy buenos,
Cuando les hacen falta por lo menos.

Llegamos a un palacio gigantesco;
Todo rico, lujoso y pintoresco,

EL TRABAJO

Oh ley bendita y santa
Que dignifica al hombre y le redime
De su lecho de espinas le levanta. . . .
Si deber noble, si virtud sublime.

Angel del bien, a la miseria odiosa
Del caro hogar aleja,
Detiene el crimen, encadena el vicio.
En el materno seno al hijo deja
Y ofrece de amor en sacrificio.

¿Quién ser loado por mi voz merece,
Sino el santo trabajo? Don sublime,
Emanación del Dios omnipotente.
Cuya alta mano celestial imprime
Sello de gloria en la industriosa gente.

Jamás el hombre laborioso gime
Acosado por hambre o sed ardiente;
Pues aunque duerme sobre hemilde lecho,
Está en cambio tranquilo y satisfecho.

Y ese hombre humilde que con tanto anhelo
Trabaja sin rencores, sin envidia,
Tiene amor a las glorias de su suelo
Y por la causa del paria lidia.

Y con la blusa azul medio rasgada,
Es un mago sagaz, de alma sinceaa.
Torna lento al hogar...., cuando cansada
La pupila del Sol ya no fulgura.

Y su hogar es muy pobre; pero santo;
Porque en él, ahuyentando la tristeza,
La palabra TRABAJO es su canto
Que ofrece un porvenir a la pobreza.

Y a ese hombre humilde que con tanto
(anhelo
Trabaja sin rencores, sin envidias,
Dale tu fuerza, que la eterna gloria
Ceda un laurel al corazón sencillo.

Sólo por él es dulce la existencia.
Estudiad y aprended. Se sube al cielo
Por las escalas del trabajo y de la ciencia.

México, D. F. septiembre de 1927

Enrique Ortega

Sobre pequeños tubos de cristal lucía
La lámpara del charto iluminaba
Con débil luz, no interrumpida.

Y en la cama postrada, una anémica
Mujer se consumía.
Los brazos y el pecho,
Más blancos que las sábanas del lecho
Y más blanca la cara todavía.

El padre de ella, en un rincón temblaba,
Y temblando los brazos me tendía;
Mas con febril impaciencia contemplaba
Como por estas venas circulaba
Una sangre tan roja, como el fuego.

Y el médico después de meditar breves
(momentos
Sacó la terrible riqueza de instrumentos
Desplegando este tragico aparato
Que pregona una gran carnicería
Quedando convertida en poco rato
En simple operación de cirujía.

Después llevando el velador junto a la
(cama
Puso el brazo de hierro del OBRERO
Junto al brazo, de nieve de la dama.

El mío ató, con fuertes ligaduras
Saltó la sangre en las enchidas venas
Y a otras venas siguió con derechura
Uniéndose la FUERZA Y LA HERMOSURA
Con un tubo de goma, por cadena.

Ella más pálida que flores de asucena
Con su sonriente faz, me contemplaba
Y yo, fijando en ella la mirada
Con la llama de mis ojos la envolvía.

Flotar en el ambiente parecía
Una insaciable claridad de amores

Que como amor supremo nos unía
Y entre ambos, el Doctor, la inteligencia,
Augusto, sacerdote de la ciencia,
Del lecho ante el altar, nos conducía.

Luego diciendo que hice una buena obra
Dando mi sangre; doy la que me sobra.
Pero luego que llegué a mi casa
Llevando aún el brazo en cabrestillo,
Que amargo y qué dolor sin taza
Mi mujer me abrazaba sollozando
Y llorando, con trémulas palabras me decía
Se nos vá el chiquillo, no hay esperanzas
Se nos vá volando.
Y era verdad; ¿qué enfermedad tenía?
El doctor nos dijo: ¡vá, cualquiera!
Necesitó ser fuerte, y no lo era
Necesitó nutrirse y no podía.
Necesitaba abrigo, y no lo había;
Poco después, mi niño se moría.

El amo acordó, debo ser franco,
Y como él era muy rico, y yo muy pobre
Me mandó lleno un sobre,
De billetes de banco.

¡Ah! un recuerdo de su hija agradecida,
Pero yo lo devolví altanero
Es la vida de mi hijo la que quiero
Me pidieron mi sangre, y dí una vida
Quiero otra vida, y no la da el dinero.

Después el tiempo amortiguó la herida,
Y sin pena ni gloria volví a ser lo que siem-
(pre he sido
Cualquiera: uno que pasa sin dejar memoria
Que no logró justificar siquiera
La razón de vivir, tal es mi historia.

Juan García